

CHARLA P. VITO
Sobre la FE del Padre Coll

Provincia Sant Ramon de Penyafort

Quisiera comenzar dirigiéndoos un saludo a todas las que habéis hecho el esfuerzo por venir de tantas casas, representando a la Provincia, para participar en esta jornada de reflexión.

El P. Coll estaba muy convencido, y lo decía con cierta expresividad, que la Congregación es una «Obra de Dios». *Es obra de Dios*, decía, y añadía que, para asegurarlo, tenía pruebas más que suficientes. Afirmaba, además, que si tuviera que aportar todas las pruebas, no acabaría nunca de reflejar por escrito tales argumentos en favor del origen providencial de la Congregación.

«¡Es obra de Dios!», «¡es obra de Dios!»! —escribía— y, dada al mundo por los méritos de Sto. Domingo. Tras hacer un repaso del acompañamiento que el Señor había hecho de la Congregación desde sus mismos orígenes, exclamaba:

«A vista de todo esto y de las demás cosas grandes y más admirables que las ya referidas, las cuales ni quiero, ni podría decir, porque sería hacerme interminable, ¿no tengo fundados motivos para decir con el Profeta: “¿No es ésta una obra de Dios y admirable a nuestros ojos?” [Sal 118, 23]. Sí, sí; así lo han dicho hombres grandes en virtud y ciencia: es obra de Dios, es obra de Dios, sin poner la menor duda, después de haber dado una rápida ojeada a ella; sí, sí, es obra de Dios, y dada al mundo por los méritos de mi Padre Santo Domingo, como así me lo escribió mi amado Padre Vicario General de la misma Orden de Predicadores, el P. Antonio Orge, ya al principio que empezó a salir dicha hermosa flor. Sí, sí, es obra de Dios, a mi parecer, y dada al mundo por los méritos de mi Padre Santo Domingo, para manifestar con ella que se vale Dios Nuestro Señor de los ignorantes para confundir a los sabios, de los flacos para confundir a los fuertes, de los pobres para confundir a los ricos y de los despreciados para confundir a los alabados y aplaudidos. ¡Bendita y alabada sea, oh Dios mío, vuestra admirable Providencia! ¿quién había de pensar que del polvo de la tierra formaseis una obra tan grande y portentosa como es este Santo Instituto!» (*Regla o forma de vivir de las Hermanas*, en *Obras Completas*, pp. 54-5)

Y como la Congregación era una obra de Dios, se necesitaba un animador de la misma «todo de Dios», como lo fue el P. Coll, reconocido como tal por la Iglesia.

Puede afirmarse que, tanto la reflexión acerca de la Anunciata, como la reflexión acerca del P. Coll, es algo que no puede agotarse nunca en la meditación; es algo infinitamente profundizable. Por lo mismo, volvemos una vez más, tanto sobre el tema de la Anunciata, como acerca de los rasgos que configuran la personalidad del P. Coll, advirtiendo que, cuanto más profundizamos en ambos temas, más honduras se descubren; aparece más insondable el contenido.

Vamos a centrarnos, en primer lugar, en el P. Coll para, después, pasar a la Congregación de la Anunciata. Acerca del P. Coll podríamos considerar lo que es

fundamental en él, lo que sostiene el edificio de su personalidad. Lo que primero aparece es *cuanto se refiere a la fe*.

La fe en el P. Coll, y su vivencia en la Iglesia

El carisma de la Congregación está enraizado en la experiencia de fe del P. Coll, en su experiencia cristiana. Vivió en un clima de fe, en un clima familiar de fe. Nació en el seno de una familia cristiana y en ella, desde el principio, recibió una buena formación en la fe. Se entiende esta dimensión teológica como la virtud primera que Dios infunde, y como la misión que confía para proyectarse hacia todo tipo de personas; misión hacia la sociedad, hacia un mundo sin fronteras, tal como se descubre desde la fe.

Comenzó su existencia respirando un clima de fe, y la fe que se le infundió en el bautismo, como si se tratara de una pequeña semilla, de una pequeña planta, fue cultivándola con la ayuda del entorno inmediato, de la familia, de la parroquia. Creció en la escucha de la Palabra y, desde niño, soñaba con propagar la fe, manifestándola por todas partes y así lo testimoniaba al predicar a los niños de su edad.

Época de desafíos para la fe cristiana

Continuó cultivando la fe durante los años de seminarista, aun en medio de crisis de fe, como era normal, y más en aquellos tiempos en que tantos desafíos tenía planteados el cristianismo, por parte del mundo de la *Ilustración* y del *Liberalismo* incipiente. Como toda virtud auténtica, tenía que «acrisolarse», depurarse, perfeccionarse, purificarse en el crisol, como sucede con los metales preciosos. Parafraseando un versículo del Libro de Job, podría afirmarse que, ya desde entonces, *probado en el crisol*, por las circunstancias del tiempo, *¡salió oro puro!* (Jb 23, 10).

Por entonces, por los años de formación en el Seminario en Vic, advirtió fuertes desafíos en el terreno de la fe. No entenderíamos la correspondencia a la fe en el P. Coll, la hondura que logró dar a su vida la fe, si no tratáramos de «recrear», aunque sea a grandes rasgos, lo que era, lo que suponía la vivencia de la fe en aquel mundo en el que nace, crece, se forma y se proyecta.

Aquel mundo, por extraño que parezca, fue una época que planteó cuestionamientos radicales a la fe, desafíos que hasta entonces raramente había conocido la historia de la humanidad. Fue el suyo un mundo que cuestionó profundamente los que entraña la fe, la visión de fe, tanto acerca del hombre, como del mundo, de la historia, hasta el punto que los que cuestionaban la fe en que se formaba el P. Coll, estaban absolutamente convencidos de que la misma no acompañaría ya el progreso del hombre contemporáneo en su marcha hacia tiempos nuevos.

En la época inmediata al P. Coll, y en su mismo tiempo, nos encontramos con el mundo de la *Ilustración* del *Liberalismo*. Dos términos que califican dos siglos, la Ilustración al siglo XVIII, y Liberalismo al XIX. Dos corrientes que dan nombre a dos centurias, y desafiaron la fe, hasta el punto de pretender desarraigarla definitivamente del horizonte del hombre en el mundo del progreso.

Los *ilustrados* lanzaban un reto a todos los valores que estaban presentes en la sociedad occidental. Pensaban desde la cultura occidental, y pretendían también promover

la cultura occidental. Se preguntaban, con el filósofo Kant a la cabeza: «¿Qué significaba la *Ilustración*?». Éste era el interrogante que se hacía Kant en un famoso opúsculo que se difundió, primero en alemán, y se tradujo, después, a casi a todas las lenguas modernas. *¿Qué es la Ilustración?* —A la pregunta contestaba, de alguna manera, diseñando un programa que había formulado progresivamente la Ilustración, y así decía: *Es el paso del hombre de su situación de infancia, de inmadurez, de dependencia, a una situación de crecimiento, de autonomía, a una situación de ser adulto*. En otras palabras, la liberación del «estado de minoridad», en que, a su juicio, la había vivido humanidad hasta entonces.

Para los *ilustrados*, en general, el ser humano había pasado muchos siglos de infancia, siglos y siglos de tinieblas y, por fin, el hombre llegaba a las puertas de la *luz*, a *iluminarse con el resplandor de la «razón», m como superación de la fe*. El hombre había transcurrido tan largo tiempo en la «minoridad», por hallarse condicionado a causa de *factores religiosos* y, si éstos lo habían impedido crecer, no quedaba otro remedio para el futuro que *liberar al hombre de tales condicionamientos*, y dejarlo crecer, madurar, para que llegara a la plena determinación de sus actos, al señorío y autonomía de sí mismo.

En su opinión, el factor religioso que había mantenido al hombre en tinieblas, en situación de infancia, y en estado de minoridad, era el procedente de toda religión de *misterios*, era, sobre todo, la religión de contenidos *sobrenaturales*, de verdades que están más allá de la «razón» y, en consecuencia de lo *razonable*. Esta religiosidad que había mantenido al hombre en una situación precaria, de pobreza en su desarrollo, era, sobre todo, la *religión cristiana*. Muy particularmente, la religión *católica*. Entendían lo sobrenatural, como sinónimo de *irracional*, no de *supra-racional*.

La *religión cristiana* se había hecho *culpable* de que el hombre no se hubiera desarrollado como le correspondía en conformidad con su propia *naturaleza*, de que hubiera quedado, si no raquítrico, sí en estadio de niñez. Sólo el *uso de la razón* podría liberarlo de semejante estancamiento. Era preciso apartar del hombre esta opresión. Por otra parte, había que lanzarlo hacia nuevos caminos, a recorrer sendas hasta entonces no transitadas, que, con seguridad, conducirían a la nueva humanidad al hallazgo de la luz, a la posesión de la paz, a encontrar explicaciones satisfactorias sobre su propio misterio. En una palabra, sólo desde la *razón, desde lo natural*, se llegaría al progreso y, también, a forjar una *nueva religiosidad*, luminosa y liberadora.

Cuestionada la religión cristiana

La *religión cristiana*, por tanto, para los *ilustrados*, se hallaba totalmente cuestionada; se la ponía en tela de juicio. Era verdad que los ilustrados utilizaban la *crítica*. Y, valiéndose de ella, lo *cribaban* todo. Centrabán su crítica, especialmente, en la *religión*. Pero criticaban, asimismo, los sistemas de comercio propios de aquellos tiempos, sometían a crítica la historia, la exposición histórica que se había realizado, los textos bíblicos, los escritos patrísticos; sometían a crítica los sistemas de producción agrícola, y los métodos o sistemas pedagógicos. Ahí tenemos la famosa obra del *Emilio*, de Rousseau, que es una buena muestra de esta crítica que la Ilustración aplicaba a la pedagogía tradicional. El propio Kant tiene una obra que titula «Crítica de la razón pura», y otra: «Crítica de la razón práctica».

La religión del «deísmo»

Todo se sometía a *crítica*, pero, sobre todo, la *religión de misterios*, la religión cristiana, particularmente. Deseaban para el futuro un tipo de religiosidad totalmente nueva, que tuviera una dogmática muy sencilla, y una moral totalmente simplificada:

Aceptar un *Creador* o *Ser Supremo*, elevar de vez en cuando la mente hacia él, y abstenerse de las acciones que deshonran en el contexto en el que se vive. Éste es el resumen de la nueva religión, que denominaban *deísmo*.

La Ilustración no se encuadraba todavía en el *ateísmo*, aunque era verdad que algún autor de la época, sí se aproximaba a la negación de Dios y de la trascendencia. Algún autor de aquella época sí aseguraba que el estadio que *sigue a la muerte es semejante al que precede a la vida*, es decir, la *nada* o caos informe aguarda tras el morir. Pero semejantes afirmaciones, cerradas a la trascendencia, eran todavía raras entre los ilustrados. Conservaban aún una religiosidad que, como acabamos de recordar, llamaban *deísmo*.

No querían oír hablar de *misterios de la fe*, de credos, de dogmas enunciados con carácter ya irreformable, como doctrina de contenidos a aceptar. Deseaban una religiosidad sencilla, apoyada exclusivamente en la «razón». La *dogmática*, como se ha apuntado, consistía en: creer en un Ser Supremo; aceptar la existencia de un Ser que está por encima de los seres humanos, y dirigir con cierta periodicidad la mente hacia él. En cuanto a la *moral* afirmaban que era ético todo aquello no desdecía o no deshonraba al hombre en la sociedad en que estaba inmerso: abstenerse de las acciones que deshonran en el contexto en que se vive. Esto era propiamente lo ético, lo moral, lo que dictaba la «razón» para el camino de este mundo.

Las tesis ilustradas se difundieron ampliamente; se extendieron por la Cataluña del P. Coll, en concreto. Es más que evidente que por estas tierras pueden rastrearse todavía las grandes obras de los ilustrados, difundidas entonces, en el siglo XVIII. Se propagó la *Enciclopedia* francesa, se divulgaron *folletos* de estos mismos enciclopedistas. Se editaron libros en forma de novelas, y de relatos de viajes. En tales relatos se conducía de la mano a los europeos, o a los americanos, para que consideraran cuán relativas eran sus creencias, sus costumbres, sus usos. De ahí pasaban a *relativizar* sus creencias más hondas. Ponderaban la felicidad, la armonía, los logros de personas que vivían en otros contextos muy *alejados del cristianismo*. Aquellas personas de otras latitudes culturales y religiosas eran tan felices, o más, que los cristianos en su área cultural. Habían progresado tanto o más que el mundo *cristiano occidental*.

Estas ideas, sobre todo *religiosas*, se propagaban fundamentalmente en el siglo XVIII entre las *clases elevadas* de la sociedad, entre la *burguesía*, sobre todo, que era la que tenía el dinero y el poder. Semejantes ideas de los ilustrados se difundieron entre el mundo de los adinerados. Éstos no querían de ningún modo que semejantes corrientes de pensamiento las conocieran y se apoderaran de ellas las *clases populares*, porque, si tal sucedía, podía originarse una gran revolución que transformara y convulsionara todo el orden social, e impidiera llegar a los fines que ellos pretendían.

La Constitución de los Estados Unidos de América del Norte, fue un típico reflejo de la ideología de la Ilustración, cuyo preámbulo se recuerda: «NOSOTROS, EL PUEBLO de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer Justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la Defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la Libertad, estatuímos y sancionamos esta Constitución para los Estados Unidos de América». Las ideas de la Ilustración buscaron un cauce en Francia, pero allí se desató una gran conmoción de todo tipo: la Revolución Francesa, a partir del año 1789.

La «Ilustración» llega a las clases populares

Faltaban todavía unos años para el nacimiento del P. Coll cuando estalló la revolución francesa, pero las ideas que la impulsaron se van difundiendo por el tiempo de su nacimiento e infancia, y ahora ya entre las *clases populares* porque, si era verdad que en el siglo XVIII se mantuvieron los principios de la Ilustración en el nivel de las clases elevadas, en el siglo XIX estas ideas llegaban ya a *las últimas clases del pueblo*, para utilizar la expresión que utilizaban en aquella época, y que utilizó, en concreto, el Nuncio Lorenzo Barili, cuando se refirió a la «obra del P. Coll», en 1864. En efecto, escribía así Barili al obispo de Lérida:

«Cuando tenga ocasión de hablar con el P. Coll, le presente seguridades de mis felicitaciones y mi gratitud por una conducta tan digna de un ministro del Señor. Ha puesto mano a un apostolado que es indispensable en nuestros días. La inmoralidad, la incredulidad e indiferentismo religioso con todas las artes e industrias intenta *propagarse también en las últimas clases del pueblo*». (Francisco Coll, *Testimonios*, p. 583).

En medio de estos desafíos que tenía planteados la fe cristiana, creció el P. Coll en su vida de fe. Hemos de situarlo en ese contexto, porque, de lo contrario, se correría el riesgo de no entenderlo, y de no entender su obra fundacional. Vivió teniendo ante sí un cuestionamiento profundo, muy hondo, a su vida de fe. Mucha gente creía que el cristianismo ya no tenía un mensaje que ofrecer, un puesto que ocupar, en la época contemporánea, en la sociedad del futuro.

En la ciudad de Vic, en el tiempo en que se formó el P. Coll, se hallaba el P. Jaume Pontí Vilaró, al que trató muy especialmente, porque era profesor del Seminario, y prior del convento de Santo Domingo. Fue, además, quien lo examinó para entrar en la Orden dominicana, y, al fin, no lo recibió en Vic, pero lo encaminó hacia Gerona. El P. Pontí, después de volver del sur de Francia donde tuvo que refugiarse a partir de 1820, escribió una obra que tituló: «Iglesia de Cristo, séptima edad». En esta obra —de la que se conservan todavía ejemplares escritos en catalán—, en las notas, se trataba de la difusión de las ideas *ilustrado-liberales* en Cataluña, en las zonas rurales, y también entre los artesanos y comerciantes de las ciudades. En ella se decía, además, que los ilustrados franceses habían tomado la precaución de escribir de todo lo que ellos querían difundir, *en catalán*, y lo habían publicado en el sur de Francia, para extenderlo desde allí por Cataluña. De esta suerte habían privado de trabajo a los tipógrafos de Cataluña, añadía el mencionado P. Pontí. En las mencionadas notas a pie de página, discutía cada uno de los mensajes de los ilustrados. Es de creer que de todo ello hablara nuestro dominico a sus alumnos seminaristas de Vic, y que lo desarrollara igualmente en sus sermones desde el púlpito de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, la del convento dominicano.

Las *clases populares* tenían planteado un cuestionamiento profundo a su fe cristiana, por el tiempo en que el P. Coll comenzaba a formarse en el Seminario de Vic. Apenas ingresado en este centro académico tuvo la experiencia del asesinato del prelado diocesano, el franciscano Ramón Estrauch y Vidal. Este obispo fue primero vigilado en la residencia episcopal, después lo aprisionaron y condujeron hacia Vallirana (Barcelona), donde lo asesinaron.

La catequesis, como remedio

Estaba ya el P. Coll estudiando latín y humanidades, sabía perfectamente que el asesinato del obispo provenía de personas contagiadas por las nuevas ideas de la Ilustración y del Liberalismo a comienzos del siglo XIX. El obispo defendió con valentía los intereses de la fe cristiana y el derecho a confesarla y difundirla. Poco después de la muerte del obispo Estrauch fue nombrado para la sede de Vic el obispo Corcuera, que

ayudó mucho al P. Coll en su crecimiento, en su maduración humana y en el desarrollo y maduración de la vocación sacerdotal. El obispo Corcuera le apoyó también en su resolución hacia la vida dominicana, en su discernimiento vocacional.

Al nuevo obispo se le confió una diócesis necesitada de evangelización. Desde los comienzos se encontró con una feligresía afectada por las corrientes ilustradas, por el enfriamiento en la fe, y abandono de las prácticas religiosas. La diócesis necesitaba, en buena medida, una «nueva evangelización», diríamos nosotros con expresión del día, y ciertamente acometió esa *nueva evangelización*. Se conserva todavía en el Archivo Episcopal de Vic una biografía manuscrita sobre el obispo Corchera. La escribió su secretario; es lástima que no se haya difundido, porque resulta una de las obras útiles para acercarnos a este momento concreto en que se forma el P. Coll.

El prelado decidió comenzar por la *catequesis*, dispuesto a fomentar la vida cristiana por medio de una formación gradual y sistemática en la doctrina. Este esfuerzo se orientaba a prestar ayuda para hacer frente a los desafíos que venimos presentando, y que eran muy reales. El obispo, pues, se resolvió a iniciar la tan necesaria evangelización por la catequesis, y a comenzarla por la capital de la diócesis, sin saber como iba a responder la gente. Convocó a los fieles en la catedral en un tarde de un domingo; parece que la gente, en un comienzo, no estaba especialmente inclinada a pasarse un tiempo del domingo en tareas catequéticas en la catedral. Pero el obispo Corcuera insistió en sus convocatorias y, poco a poco, la primera iglesia de la diócesis fue llenándose de participantes, hasta dar cabida en sus naves a la mayoría de la población de Vic; apenas si cabían dentro de la catedral los que acudían a estas catequesis.

En esta iniciativa participó el P. Coll, niño seminarista aún; en algunas circunstancias, como uno de los «actores» de la catequesis. El obispo mandaba colocar dos mesas en la parte central de la catedral, y a estas dos mesas subían dos seminaristas de los cursos inferiores, de los que estudiaban todavía latín y humanidades, es decir, de los cursos primeros del Seminario. Tales alumnos recitaban un fragmento escogido, un texto ya elegido previamente del catecismo, que estaba formulado en forma de preguntas y respuestas. Uno de ellos recitaba las preguntas; el otro, corría con la parte correspondiente a las respuestas del *catecismo de Estrauch*, que era el que estudió el P. Coll, un catecismo compuesto en lengua catalana, que era la que podía entender todo el mundo.

El propio obispo Corcuera y el Padre Jaume Pontí decían que si en aquella tierra la catequesis no se hacía en lengua catalana era imposible que la siguiera la gente, porque los núcleos rurales no entendían nada más que el catalán. Cuando habían terminado las preguntas y respuestas que correspondían al fragmento elegido, subían a los dos púlpitos de la catedral un catedrático y un estudiante de teología del último curso. El estudiante de quinto de teología retomaba el tema que había recordado al auditorio, ayudado por los seminaristas menores. Al hilo del tema elegido para aquel domingo, el seminarista teólogo se hacía eco de las cuestiones y desafíos, de las objeciones y los cuestionamientos que se oponían corrientemente a la fe cristiana por parte de los *ilustrados*.

El seminarista mayor se hacía eco de los argumentos en contra de la fe que corrían por la calle, tanto en contra de los dogmas, como en contra de la moral cristiana. Acto seguido, el *catedrático* iba respondiendo a cada una de aquellas cuestiones u objeciones. Semejante método entusiasmaba tanto a la gente que, aunque hacía muchos años que habían olvidado el catecismo, y a veces también la práctica religiosa, quedaban verdaderamente prendidos de las exposiciones que les dirigían desde los púlpitos. Aseguran que cuando el obispo, que presidía la sesión vespertina de catequesis, tocaba la

campanilla para terminar, advertía siempre una especie de impaciencia entre el auditorio, porque querían más, deseaban que la catequesis se prolongara por más tiempo.

Este método de formación en la fe que se llevó adelante la capital diocesana, produjo también muy buenos frutos en el resto de la diócesis, y propició una vuelta al Evangelio en las familias y en la sociedad en general. Se adaptó a las parroquias, aunque en ellas no pudiera hacerse exactamente lo mismo. Procuró aquel celoso obispo que se hiciera una cierta acomodación para que, en las tardes de determinados momentos del año en que había menos premura para el trabajo del campo, hubiera también en las parroquias una exposición catequética, utilizando métodos nuevos, sobre todo afrontando aquellas cuestiones que estaban en boca de todos, y que preocupaban de verdad. No parece sino que el obispo imitara, a distancia de tanto tiempo y en los templos parroquiales, cuanto realizó santo Tomás de Aquino en la universidad de Paría, al decir de su biógrafo contemporáneo, Guillermo de Tocco:

«Todo era nuevo en él: nuevos problemas, nuevas conclusiones, nuevos argumentos, nuevas razones, *nuevo método*, nueva presentación, nuevo orden, nueva formulación. *Ocho novedades* subrayadas en un solo párrafo». Este respecto comentaba un teólogo contemporáneo: *Desde el primer momento de su entrega a la docencia, santo Tomás superó a todos, incluso a los maestros más célebres y encanecidos en la cátedra, por su nuevo método de enseñar, claro, conciso, profundo, preciso, y por la extraordinaria originalidad: cualidades que le granjearon una simpatía y una admiración sin límites por parte de los estudiantes.*

En aquel «clima de fe» que venimos recordando se formó el P. Coll, en semejante ambiente de fe fue creciendo durante los años de seminarista en Vic. Fueron años difíciles, sin duda alguna, tiempos de grandes crisis y convulsiones, marcados por las secuelas que dejaron las guerras. Sufrió conscientemente aquellas crisis, y particularmente las que afectaban a la vida cristiana, que se manifestaban a veces en represiones sangrientas, en revoluciones. En ocasiones tenían que interrumpir las clases del Seminario porque sonaba el toque de queda.

El mundo de los religiosos

Apenas comenzó en el Seminario de Vic advirtió también un desafío a la fe en la persecución que sufrieron los religiosos durante el *trienio constitucional* (1820-1823), sin que se hubieran rehecho del todo de los avatares que siguieron a la ocupación napoleónica. Ahora, fueron muchos los conventos suprimidos. El mismo de Santo Domingo de Vic lo encontró cerrado cuando fue estudiar al seminario y durante el primer tiempo de seminarista. Es verdad que sentía todavía una vocación personal a la vida religiosa, pero semejante situación seguro que afectaba a su sensibilidad humana y religiosa.

Durante el *trienio constitucional o liberal* el enfriamiento de la fe, entre los mismos religiosos, fue profundo, hasta el punto que, de los 33.000 religiosos que había en España, pidieron la «secularización» —paso al *clero secular*, en la mayoría de las ocasiones—, y cursaron la petición ¡a las autoridades estatales! 7.000 religiosos, entre 1820 y 1822, principalmente. En 1823 cambió la situación política y, en consecuencia, los religiosos «secularizados» no encontraron camino fácil para la vida que habían emprendido recientemente. Algunos volvieron a los conventos. Fácil es imaginar que las secuelas de todo aquello se proyectaron hacia los años sucesivos, en que sí sentirá él la llamada al estado de consagración por los votos religiosos.

Decíamos que la «secularización» de estos *siete mil*, en muchos casos, significaba pasarse al *clero secular*. Dejaban los conventos y, en ocasiones, escribían que se sentían liberados, verdaderamente libres, y que su deseo era que los que se habían mantenido en los conventos, siguieran sus mismos pasos. Algunos se convirtieron en verdaderos *apóstoles* de la *secularización* de los demás, porque los liberales les ofrecían cátedras en la universidad, o en algún instituto o colegio, o la dirección de bibliotecas o museos importantes, beneficios en catedrales o iglesias similares... Cuando cambió la situación política se quedaron sin tales cátedras, sin las bibliotecas, sin beneficios. Algunos volvieron a los conventos, y causaron no pocas perturbaciones. Sobre el particular, y a partir del material archivístico existente en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, ha publicado una monografía en la BAC, el jesuita Manuel Revuelta González (*La exclaustación 1833-1840*, Madrid 1976).

Llamada a hacerse dominico

El P. Coll recibió en este clima de *crisis*, de *crítica* a los valores religiosos, en general, y del *estado religioso*, en particular, la llamada a la vida dominicana. Su vocación, recordamos que fue un poco misteriosa, y que las primeras Hermanas que hablaban de ella la envolvían en un cierto halo de misterio. Ciertamente —es el mismo el P. Coll quien lo dice—, nunca se había planteado el ingreso en la vida dominicana. Sencillamente, se sentía atraído hacia el sacerdocio; su madre había descubierto esta inclinación hacia la vida clerical, y le invitaba a que estudiara latín y, después, a que se animara a ir al Seminario. Él sentía contento pensando en la respuesta a la inclinación interior que sentía hacia el sacerdocio. Ya en Vic, se estaba preparando para ser un evangelizador de los pueblos, como lo deseaba desde niño, y manifestaba en aquella predicación, desde la fuente de la plaza del pueblo, según el testimonio más antiguo y más fiable, procedente del canónigo Jaume Collell, que lo escribió pocos días después de fallecer el P. Coll:

«Nacido en Gombren pueblo de la alta montaña en 1812, empezó ya desde la infancia a dar evidentes señales de su vocación a la predicación evangélica, pues cuando sus padres le mandaban a la fuente se encaramaba sobre ella el niño y exhortaba a la virtud a los circunstantes con los ingenuos recursos de la elocuencia infantil» (Testimonios, pp. 431-432).

Recibió una llamada a la vida religiosa que tuvo características de misteriosa: «*Tú, Coll, debes hacerte dominico*». Así lo percibió en la Rambla de Sta. Teresa, muy cerca del monasterio de las Carmelitas Descalzas de Vic, seguramente cuando iba o regresaba del Seminario. Decía él que, aunque hasta entonces no se había planteado el tema de su ingreso en la vida religiosa, ni en la Orden dominicana, desde entonces no se lo podía quitar de la cabeza. *Tú, Coll, debes hacerte dominico*, resonaba constantemente en el fondo de su alma, según su propio testimonio.

Se tomó unos tres años de discernimiento y, mientras tanto, estudió el *trienio* dedicado a la *filosofía*. El P. Coll era una persona que pensaba mucho las cosas importantes. No era una persona precipitada en sus decisiones, daba muchas vueltas a las cosas y, sobre todo, consultaba mucho, pedía luz en la oración y buscaba el consejo de aquellas personas que podían ser mediadoras, mediaciones del Señor en el discernimiento de las grandes opciones de la vida.

En el convento de Gerona continua el P. Coll la formación en el tema de la fe

Por lo que se observa en los escritos del P. Coll cuando trata de la fe, cuando refleja aspectos de la fe, se advierte que no solo que la vive, sino que medita, la asimila en el estudio, la profundiza y desarrolla, para poderla proyectar a los demás. Podríamos acercarnos un poquito a este mundo mental de formación del P. Coll para entenderlo mucho mejor, para descubrir su generosidad en esta siembra de la fe tan abundante que realizó en su tiempo, y que sigue realizando a través de la Congregación.

Empeño por la formación

A él llegó ya, como hemos visto, tras varios años de formación intensa. Pidió el ingreso después de haber estudiado la filosofía. Tres años de filosofía, con una apertura también a las ciencias naturales, incluso a la física y química superior, que se cursaba entonces dentro del trienio filosófico. Se le abrieron las puertas del convento para hacer, naturalmente, el noviciado y para cursar los estudios teológicos.

La formación en la fe que realiza en el convento tenía un fuerte componente mariano. La espiritualidad mariana es consustancial a la espiritualidad dominicana, desde los orígenes de la Orden. Proviene de Sto. Domingo. El P. Coll profundizó en el modelo de fe que es María, incomparable testimonio de creyente, supremo ejemplo de fe, en la aceptación del plan redentor. El P. Coll profundizó en todo aquello que había recibido hasta entonces, ayudado por la contemplación y el estudio, por la práctica diaria de la vida regular dominicana. El componente mariano del P. Coll se advierte desde la vertiente de la devoción a María del Rosario.

De modo especial toda la ciudad de Gerona estaba más o menos incorporada a esta devoción mariana a través de la Cofradía del Rosario que abarcaba centenares y centenares de personas de la ciudad de aquellos tiempos y en sus entornos.

En la figura de Sto. Domingo, a quien se dirigía diariamente en la oración, descubrió sobre todo un defensor, un predicador, un sembrador de la fe, «doctor de la Verdad», doctor de la Verdad de la fe. Conoció la vida de Sto. Domingo de un modo más cercano y, descubrió a Sto. Domingo como hombre totalmente proyectado a cuanto abarca la fe; puede afirmarse esto desde el repaso de los escritos del P. Coll.

Contempló, además, a Sto. Domingo como animador de un grupo que tiene como centro la vivencia de la fe, el anuncio de la fe por el mundo entero. Advirtió que Santo Domingo fue un apasionado de la doctrina, de la fe y, más en concreto, de la doctrina revelada. Sin duda meditó muchas veces el testimonio que transmitió el Bto. Jordán acerca de Sto. Domingo, referido ya a los tiempos de sus estudios en Palencia, paralelos a los que ahora vive el P. Coll en Gerona. Santo Domingo aparecía centrado en la meditación de la revelación: pasaba las noches casi sin dormir, decía el Bto. Jordán de Sajonia de Sto. Domingo. Bebía con tal avidez en los arroyos de la Palabra de Dios, en la Revelación, como si quisiera agotarlos.

«[6].- Corrió con presteza al estudio de la teología, y comenzó a llenarse de vehemente admiración en su entrega a la Sagrada Escritura, mucho más dulce que la miel para su paladar [Sal 118,103]. [7.] En estos estudios sagrados pasó cuatro años, durante los cuales no salía de su admiración al beber de manera tan incesante y con tanta avidez en los arroyos de la Sagrada Escritura, de modo que por la infatigable ansia de aprender, pasaba las noches casi sin dormir. La verdad que entraba por sus oídos, depositada en el seno profundo de su mente, la retenía en su tenaz memoria. Estas cosas, captadas con facilidad, las regaba con piadosos

afectos de su ingenio, y de todo ello germinaban las obras de salvación». (*Orígenes de la Orden de Predicadores*)

El Bto. Jordan presenta a Santo Domingo como predicador asiduo de la Palabra de Dios, evangelizador de la Palabra de Dios en aquel mundo de los *cátaros* y *albigenses*, desafío a la fe tan profundo, tan serio, como el que recibió el P. Coll en su marco histórico, porque la doctrina de los cátaros comenzaba por no aceptar la *divinidad* de Jesucristo. Todos los dogmas cristológicos caían por tierra al no aceptar la divinidad de Jesucristo, ni la mediación de la Iglesia. Por tanto toda la eclesiología, la teología sacramentaria se venía abajo en la doctrina de los cátaros.

El P. Coll, sin duda, recibió el mensaje de Sto. Domingo de una manera muy intensa. Consideró que el carisma dominicano debía brillar como nunca en su tiempo, en el siglo XIX. Por aquellos años, estaba haciendo también un proceso hacia la vida dominicana aquel otro personaje contemporáneo del P. Coll, que sin duda fue un punto de referencia también para él; se trataba del futuro Padre Lacordaire.

La experiencia de su contemporáneo, el P. Lacordaire

Lacordaire percibió intensamente los desafíos de su época a la fe. Él mismo entró por los caminos de la incredulidad, después de recibir de su madre viuda una educación religiosa muy esmerada. Pero tuvo que enviarlo para continuar estudios a otra ciudad distinta del lugar de nacimiento. Allí entró en contacto con profesores ganados para las ideas de la Ilustración, y él mismo se dejó deslumbrar por ellas, apartándose de la fe hasta entonces asimilada y profesada. Perdió la fe, y en tal situación hizo estudios jurídicos, y ejerció la abogacía durante unos años. Poco a poco fue reviviendo aquella semilla de fe recibida en la niñez, y comenzó un proceso hacia el sacerdocio, en contacto con el arzobispo de París, y hacia un apostolado en consonancia con el catolicismo.

En el mundo liberal, Lacordaire quiso acercarse al liberalismo y los valores indudables que contienen las diferentes corrientes de pensamiento, al mundo de la fe. Participó en aquella experiencia del liberalismo católico en torno al primer periódico católico que se publicó en el mundo: «L'Avenir», que tenía como subtítulo de cabecera: *Dios y Libertad*.

El P. Lacordaire comenzó un proceso intenso, trabajoso, casi podríamos decir que agónico, intentando responder a una «llamada» a hacer vivo el ideal de Santo Domingo en su tiempo y, en concreto, en Francia. Salvadas las proporciones, un esfuerzo similar lo llevaba a cabo el P. Coll por aquel tiempo, desde el convento de Gerona. A Lacordaire le disuadían muchas personas para que no continuara adelante con su empeño. Uno de ellos era el arzobispo de París. La Revolución había suprimido por completo las órdenes religiosas en Francia y, de hecho, hacia 1830 se habían extinguido los frailes dominicos en aquel país. De tal modo que cuando Lacordaire estaba haciendo su proceso de discernimiento vocacional no pudo acercarse a ningún dominico a preguntarle acerca de su propia vocación, sencillamente porque no existían en su nación.

El arzobispo de París intentaba hacerlo desistir de su objetivo porque, en su opinión se trataba de una Orden medieval, de una orden antigua y ¿qué podía decir una Orden que consideraban vinculada a la denostada Inquisición desde el punto de vista de la historia? ¿qué podía decir a aquel mundo liberal la Orden dominicana y Lacordaire como dominico? Pero siguió adelante, e incluso escribió una memoria en defensa de la Orden dominicana, que poseía capacidad para dirigir un mensaje un mensaje decisivo a la sociedad de su tiempo, para aquellos tiempos de tanta confusión doctrinal. Precisamente

la Orden, centrada en la doctrina, estaba especialmente llamada a servir a la Iglesia y a la sociedad en la iluminación del camino a recorrer. Estos años en que Lacordaire estaba realizando este acercamiento a la Orden dominicana, también el P. Coll estaba avanzando en un proceso de conocimiento y experiencia de las exigencias, y del papel que debía desempeñar la Orden de Santo Domingo en su momento histórico.

En el estudio de la teología

Recién profeso el P. Coll se metió ya a estudiar de lleno teología, quiere decir que había aprovechado muy bien los años de filosofía en Vic, porque le *convalidaron* los estudios filosóficos realizados en Vic. Hay que advertir que sólo por haberlos cursado no le hubieran dispensado de repetirlos en el convento. Le hicieron un *examen*. Ésta era la práctica que seguían con los jóvenes que llegaban procedentes de los Seminarios. Al P. Coll lo hallaron *idóneo en filosofía*, y lo pasaron directamente al estudio de la teología. Comenzó el estudio de la teología desde la visión que le aporta Sto. Tomás y, en el primer curso (1831-1832), estudió de la mano de aquel gran renovador de la teología, y también de aquel gran difusor de la doctrina de Sto. Tomás, que fue *Francisco de Vitoria*. Éste catedrático de Salamanca fue un personaje renovador de la teología en la Iglesia, en el siglo XVI. De tal renovación se benefició el P. Coll a través del acercamiento a su *método renovado* para el estudio de la teología, que le ofreció el libro de Melchor Cano —*De los Lugares Teológicos*— que tuvo como libro de texto en el año que siguió al noviciado.

Semejante obra clásica le ayudó a profundizar en los llamados «Lugares Teológicos»: Melchor Cano recordaba los «lugares idóneos» a los que había que acudir, sobre todo, para extraer argumentos, de prueba o que sirvieran para refutar tesis contrarias; consideraba que tales *lugares de autoridad* eran *diez*, y por tales cauces debía discurrir el trabajo teológico. Recordemos, tanto la enumeración que hace, como el orden de jerarquía que establece:

- 1.- El primer lugar teológico es la *autoridad de la Sagrada Escritura*, que contiene los libros canónicos; a la Sagrada Escritura otorgaba el Maestro Vitoria la misión de ser «médula de la teología».
- 2.- En segundo lugar estaba la *tradicón apostólica*, tradiciones que no estaban escritas, pero que pasaron de boca en boca, de oído en oído.
- 3.- Seguía después *la autoridad de la Iglesia* católica.
- 4.- Los *concilios*, especialmente los generales o *ecuménicos*, en los que reside la autoridad de la Iglesia católica.
- 5.- La *Iglesia Romana*, que por divino privilegio es y es llamada Apostólica.
- 6.- Los *Santos Antiguos*, es decir los Santos Padres, o Padres de la Iglesia.
- 7.- Autoridad de los *teólogos escolásticos*, a los que se añadían los peritos en derecho pontificio.
- 8.- La *razón natural*, como queda patente de manera amplia en todo el ámbito de las ciencias investigadas mediante la inteligencia humana.
- 9.- La autoridad de los *filósofos*, que siguen la guía de la razón natural; entre los cuales, sin duda alguna, están los juriconsultos imperiales, que profesan la verdadera filosofía.
- 10.- Finalmente, lugar teológico es la *historia humana*; la escrita por autores dignos de fe, transmitida de gentes a gentes, no supersticiosamente, o a modo de «relatos de viejas», dice textualmente, sino por medio de grave y constante razón.

El *décimo lugar*, por tanto, en esta obra de *metodología teológica*, se otorgaba a la historia humana, pero no a cualquier historia, sino a la que habían escrito autores dignos

de todo crédito, aceptada por el común de las gentes, depurada de toda fábula, apoyada en «grave y constante razón».

Cano consideraba —y esto estudiaba el P. Coll— que semejante historia no era sólo útil, sino también *necesaria* para el teólogo. Los doctos estaban de acuerdo en admitir que serían muy rudos aquellos teólogos en cuyos trabajos estuviera mudo el razonamiento histórico. Pero además de afectar esto a los teólogos, afectaba también a toda persona que pasase por erudita; no podría considerarse culto quien ignorara las gestas antiguas.

La ciencia histórica proporciona muchas riquezas de los grandes tesoros que encierra; si se careciera de semejantes veneros de riqueza nos hallaríamos, en teología y en las demás ciencias, profundamente pobres e indoctos. Por otra parte, la ignorancia de la historia hace caer en muchos errores. El descuido o el desconocimiento de la misma ha llevado en ocasiones a utilizar argumentos muy poco sólidos en asuntos a veces de gran trascendencia, como —precisaba Cano— en asuntos relativos a *derechos humanos*; ponía el ejemplo de su contemporáneo *Ginés de Sepúlveda*, que se posicionó de manera inadecuada en la controversia sobre la guerra contra los habitantes del Nuevo Mundo.

La historia, de manera particular, ayuda a una buena inteligencia de la Sagrada Escritura, y otorga solidez a la *argumentación*. Si se desconoce la historia ¿cómo se va a argumentar con eficacia? Hay que tener en cuenta, viene a decir, la índole de los autores y, en concreto, su probidad científica. De igual modo debe considerarse su ingenio y la seriedad que manifiestan en el trabajo. No puede uno apoyarse en autores ignorantes, sino en quienes narran cosas verdaderas y ciertas. Por lo mismo, el teólogo ha de estar en grado de realizar una crítica histórica.

Así, pues, el P. Coll apenas profesado estudió, podríamos decir durante todo el año, un libro de *metodología teológica* que le centró perfectamente en la teología que le ayudaba a crearse un gran esquema mental teológico, y que le ayudaba a entrar en contacto con una teología renovada, de gran proyección para el mundo. Fue Francisco de Vitoria, un antiguo estudiante de la Universidad de París, que durante los estudios universitarios entró en contacto con las corrientes renovadoras de los humanistas — Erasmo, Luis Vives, Tomás Moro— y, desde luego, reaccionó contra las *corrientes decadentes* de la teología.

En aquel mundo se daban las dos corrientes. En la universidad de París existía la teología más decadente, y existían también las corrientes renovadoras en sintonía con los humanistas. Francisco de Vitoria sintonizó más con los *humanistas* que con la teología decadente. Vuelto al Colegio Universitario Dominicano de Valladolid, y destinado después a Salamanca, se decidió a renovar el método teológico y hacer prácticamente lo contrario de lo que había visto en aquel sector de la teología decadente de París.

El método de Francisco de Vitoria lo dejó plasmado por escrito Melchor Cano y este libro de Melchor Cano, día tras día, estuvo durante un año escolar en las manos del P. Coll, y lo asimiló muy bien. Este método teológico de Francisco de Vitoria impulsaba al P. Coll a tener un *gran aprecio por la Sagrada Escritura*, por la Palabra de Dios, y a valorar altamente la Palabra de Dios, leída directamente en los libros de la Sagrada Escritura, y no leída en resúmenes de la Sagrada Escritura.

Entró en contacto con la Palabra de Dios como fuente de todo su trabajo, de toda su reflexión teológica. La Palabra de Dios ofrecerá al P. Coll la meditación más asidua, que se va a prolongar durante toda la vida. Desde entonces fue un hombre de la Palabra,

cultivador de la Palabra, mediador asiduo de la Palabra, y predicador de la Palabra. Lo centró perfectamente aquel método teológico de Francisco de Vitoria en la Palabra de Dios, como médula de la teología, y entendió que no puede hacerse teología desentendiéndose de la revelación, de la Palabra, de la Biblia.

Junto con este primer paso fundamental referente al aprecio por la Palabra que da ya en el primer año, tenemos también el paso del aprecio por la reflexión que la *Iglesia* ha hecho a lo largo de los tiempos acerca de la fe recibida del Señor. La Palabra está depositada en la Iglesia, y la Iglesia ha hecho una reflexión durante siglos; los cristianos han reflexionado sobre esta Palabra. El segundo paso es conocer el pensamiento cristiano en torno a la revelación. El contacto con los Padres de la Iglesia, y con los escritores cristianos, especialmente en los primeros siglos, fue el segundo paso que dio.

El tercer paso consistió en la valoración del *magisterio de la Iglesia*, que en momentos determinados precisa, por ejemplo, cual es la fe revelada en torno a la divinidad de Cristo, a la divinidad del Espíritu Santo, a la condición humana de Cristo, la condición divina de Cristo, a tantos otros misterios que a lo largo del tiempo la Iglesia va proponiendo como verdades de la fe. El teólogo debe conocer estos pronunciamientos del magisterio en torno a la fe, porque este es el papel y servicio del magisterio: proponernos las doctrinas reveladas. Este ministerio lo ha confiado el Señor a la Iglesia, para que nos beneficiemos de él, le prestemos eco, lo creamos y alimentemos nuestra vida con esta Verdad.

Otro paso más que debe dar el teólogo, el indagador de las cuestiones de fe es el de conocer el *pensamiento humano*. El teólogo no puede ser una persona cerrada en sus horizontes, debe abrirse a la conquista de la *Verdad*, convertirse en un buscador de la Verdad, que está esparcida por amplios campos. Hay muchas semillas de Verdad en todas las culturas, en todos los sistemas de pensamiento también en los anteriores al cristianismo, en tantos avances de la ciencia. El teólogo tiene que abrirse al pensamiento y a la cultura; debe ser una persona preocupada por descubrir los avances que se han realizado en torno a la Verdad. El teólogo tiene que ser un hombre de su tiempo, aportar soluciones a su tiempo, iluminar con la Verdad revelada, pensada, meditada. Tiene que abordar las cuestiones que preocupan al mundo en el que vive. Esta preocupación por iluminar su mundo la llevaba muy viva el P. Coll: «¿Qué podría aportar yo?» —Se preguntaba, y así lo escribió.

Este planteamiento e inquietud le viene desde el comienzo de su formación en la fe, sobre todo desde su primer contacto con la teología. No es, pues, extraño que diera tan en el blanco en aquel servicio al hombre, en el servicio más urgente que necesitaba la humanidad de su tiempo. Demostró que estaba inmerso en su tiempo. Su formación teológica fue muy amplia, y le enseñó que todo lo humano debe ser promovido, porque en todo lo humano está esta semilla de Dios, y todo lo humano debe ser promovido para Dios. Ésta es la visión que tiene como teólogo, y que le ayudó siempre.

Estudio directo de la doctrina de Santo Tomás

Tras la «Teología fundamental» comenzó ya el estudio directo de la *Suma de Teología* de Sto. Tomás, que ha sido a lo largo de la historia, a veces combatido, otras veces apreciado, y otras veces dejado un poco a parte. Ha experimentado lo que podemos llamar «horas altas y bajas» con relación a su pensamiento. En la época del Padre Coll, en términos generales, puede decirse que estaba un poco dejado de lado, a excepción de algunos círculos que mantenían el aprecio por Sto. Tomás y valoraban su pensamiento. Los *ilustrados* habían desacreditado mucho a los medievales, a los escolásticos y este

descrédito hacia los escolásticos y, entre ellos hacia el príncipe de los escolásticos, Sto. Tomás, había ganado también a muchos teólogos católicos. Sin embargo, había grupos que no participaban de este descrédito, o bajo aprecio a la doctrina de Sto. Tomás. Entre estos últimos grupos se forma el P. Coll.

Sus profesores y superiores manifestaban, no sólo interés, sino alto aprecio de la doctrina de Sto. Tomás. Lo mismo cabe decir del Seminario de Vic, que siempre fue muy favorable al tomismo. Precisamente Torras y Bages, que pertenecía a la diócesis de Barcelona, no quiso formarse en su diócesis de nacimiento porque no eran los profesores de su Seminario tan favorables a Santo Tomás, como lo eran los de Vic. Algunos opinan que seguramente el único Seminario de España en que se estudiaba directamente la Suma de Teología de Sto. Tomás era el de Vic.

En el convento de Gerona y en otros conventos dominicanos se promovía un resurgimiento de la doctrina de Santo Tomás. Este movimiento influyó de manera positiva en el P. Coll, y especialmente en su formación en la fe y en la difusión de la misma. Estudió, por tanto, directamente la Suma de Teología, y la consultó y conoció muy bien.

En el sermón que escribió para pronunciarlo el día de una profesión en el monasterio dominicano de Manresa, ha quedado reflejada la consulta directa de la Suma; no copiaba textualmente de ella, pero sí reflexionaba al hilo de las cuestiones y artículos dedicados a la vida religiosa; lo hacía con soltura y con dominio la doctrina que había asimilado en su formación y seguía frecuentando en su empeño por entregarse al estudio. Sto. Tomás le ponía en contacto inmediato con la Palabra de Dios. Tantas veces encontró en Santo Tomás reflexiones como la siguiente: *la Palabra de Dios ha de ser siempre escuchada y meditada con amor para poderla entender*. Este pensamiento es frecuente a lo largo de los escritos de Santo Tomás, y caló hondo en el P. Coll. La Palabra de Dios escuchada con agrado, es una de las señales, dice Sto. Tomás y el P. Coll lo repite, de que se ama a Dios.

El P. Coll recogió otro mensaje en torno a la Palabra en el estudio directo de Sto. Tomás: es necesario **crear la Palabra de Dios**, porque solo así la Palabra, es decir, **Cristo, se encarna en nosotros**. El predicador debe *encarnar* la Palabra; no debe ser en él como una *superposición*; se anularía el predicador para su servicio. Debe hacer que la Palabra se haga algo consustancial en él; a esto le impulsa la fe viva, a la vez que le ayuda.

Recibió también de Santo Tomás el mensaje de que la Palabra debe ser *meditada asiduamente*. Utilizaba una palabra muy en uso en la espiritualidad monástica: «rumiar» la Palabra, darle muchas vueltas, desentrañar su contenido, considerar de manera continuada hacia el fondo insondable de la Palabra.

Pero la Palabra, pensaba Santo Tomás, no es para encerrarla en la intimidad, sino para *comunicarla*, transmitirla en una oferta generosa. Desde los años de estudiante en aquella celda del convento de Gerona, en sus paseos por los claustros, o por los montes cercanos a la ciudad, el P. Coll asimilaba este mensaje relativo a la *comunicación de la Palabra a los demás*, tras una meditación gozosa y abierta a la fe de la misma.

Sabía perfectamente que la Palabra lleva a procurar una puesta en práctica, un cumplimiento de su mensaje. De lo contrario se representaría el papel que el apóstol Santiago adjudica al que escucha, pero pronto se olvida de la Palabra.

La fe que iluminó su vida

Podríamos, llegados a este punto, hacer un poco de síntesis de algunas cosas que él recibe de Sto. Tomás en torno a la fe, de lo que le transmitió este sabio Maestro del pensamiento cristiano. En la fe entra el entendimiento, la verdad, la voluntad, la gracia. Aspectos todos que son muy fundamentales en el Padre Coll. En ellos apoyó su espiritualidad y la de la Congregación. La fe pertenece al ámbito del entendimiento. Pero el mundo científico de su tiempo repetía hasta la saciedad, que la fe impedía el desarrollo de las inteligencias. Afirmaban muy convencidos que fe cristiana cortaba el vuelo a la inteligencia del hombre. Por lo mismo había que suprimir la dimensión religiosa tradicional las religiones que se apoyan en el misterio, que se abren a lo sobrenatural. La fe —decían— impide el desarrollo de las inteligencias, la evolución de las ideas, el progreso de la vida.

El P. Coll, sin embargo, asimiló en su estudio y se convenció firmemente de que la fe no recorta el vuelo de la inteligencia, no frena el progreso de la vida. Todo lo contrario, la fe lanza a la inteligencia hacia más allá de sus propias posibilidades naturales que, por otra parte están muy de acuerdo con la índole de la inteligencia, que es participación de la inteligencia divina, *imagen y semejanza de la misma*. Entiende que la fe es como una *fuerza*, esto significa *virtud*; es una fuerza, un poder, un impulso interior que hay en nosotros, y que viene a perfeccionar la inteligencia del hombre, a hacerla más aguda, más penetrante.

La fe se centra en la Verdad y tiende a la Verdad primera, que es Dios. No es sólo Ser Supremo, como lo llamaban los *deístas* de la Ilustración; es un Ser que es Creador de cuanto existe. Manifiesta un rostro concreto en la *humanidad de Cristo*. La fe tiende a Dios, Verdad primera, que se revela en Cristo. La Verdad sobre la que opera la fe es la Verdad suprema, la Verdad que Dios ha querido desvelar, manifestar: La verdad que Dios ha tenido a bien comunicar al hombre.

Algunas verdades de las que comunica Dios al hombre pertenecen, decía Sto. Tomás y repite el P. Coll, a la *majestad de la divinidad*. Hay, por tanto, verdades que se refieren a lo divino. Hay otras verdades que se refieren a la *humanidad de Cristo*, a la humanidad visible, que Santo Tomás llamaba «sacramentum pietatis», es un «sacramento, no es uno de los *siete*, sino que está *por encima de los siete*, anterior a los siete. La humanidad de Cristo es el *sacramento de la piedad*, es decir, de la misericordia. Quiere decir que la *humanidad de Cristo*, revelada como último fin y contenido de la fe, es la *manifestación del rostro misericordioso de Dios*.

La verdad que propone la fe *no es* una verdad *puramente especulativa*, sino que está llamada a *descender a la vida*. Es para la vida, para vivir, para servir, para encarnarse, para plasmarse en obras. Tan convencido estaba el P. Coll de esto, que plasmó su fe en obras permanentes. Una de tales «Obras», con mayúscula, su obra principal, es la Congregación, que es una «Obra de fe». Desde esta captación de la fe que tiene el P. Coll, es preciso entender a la Congregación. No tiene otras claves de explicación y de interpretación.

En la fe toma parte el entendimiento humano. Entra la verdad que llena la inteligencia. Pero en la fe tiene también su parte la *voluntad*. Así la entiende el P. Coll y así lo predica muy convencido. La voluntad tiene que tomar parte, entrar en juego en este tema de la fe. En la aceptación especulativa de la fe y en la plasmación práctica, o traducción de la fe a la vida. Sin voluntad, sin voluntariedad, sin libertad, no hay fe. La fe no es para aceptarla porque nos arrastran a ella. Esto lo tenía muy claro el P. Coll, y por

eso nunca utilizó métodos de coacción, y menos de violencia. No cedió nunca a la tentación, en que, por desgracia, cayeron otros contemporáneos. A veces pertenecientes a la vida religiosa, o integrantes del clero, que empuñaron las armas en defensa de la fe. Como no cedió tampoco a esta tentación Santo Domingo que, durante la Cruzada Albigense permaneció «predicador asiduo de la verdad». En esto, como en tantos otros aspectos, conectó el P. Coll con Sto. Domingo de una manera plena.

Para que la virtud de la fe sea verdadera y viva necesita de la *voluntad humana*. La fe no se impone, no arrastra a nadie. Se propone, se predica, se exhorta, invita a utilizar el camino de la oración. En la «Suma de Penitencia», el Patrono de la Provincia, San Ramón de Penyafort enseñaba que los *predicadores* deben *exponer la fe con razones y dulzura*, y no con aspereza, «sin obligar, porque el servicio que es fruto de la coacción no es del agrado de Dios». Siglos más tarde insistía en lo mismo fray Bartolomé de las Casas, en su «Historia de las Indias»: no se han de levantar impedimentos que estorben la recepción de la fe, porque si tal se hiciera se *dejaría en mal lugar el nombre cristiano*. Clamaba contra los que «predicaban el Evangelio a lanzadas», a saber, *utilizando las armas*.

Pero se ha de predicar la fe, que contiene verdades que están por encima de la inteligencia, que no son «evidentes». Si tal fueran no serían «verdades de fe». Se trataría de *ciencia pura*. No porque las verdades de la fe sean *contrarias a la inteligencia*, sino porque desbordan la inteligencia, porque la superan, porque exceden las fuerzas naturales de la inteligencia. De ahí que las verdades de la fe precisen del asentimiento o aceptación voluntaria: «No lo veo pero lo creo». Ahí entra la libertad, que es indispensable para la fe. Nadie puede poner por nosotros, o en nuestro lugar el acto de libertad para el acceder a la fe. «No es evidente para mí, pero lo creo, lo acepto libremente».

Entra en el tema de la fe, la *gracia*. También lo pone de relieve el P. Coll, porque lo asimiló muy bien en el estudio de la teología. Cuando la persona humana libremente acepta la oferta de Dios, para que la divina gracia empiece actuar, ha de mediar previamente la libertad del hombre, cuando el hombre acepta libremente esta oferta de la fe, Dios apoya el asentimiento de la voluntad, el asentimiento libre *mediante su gracia*.

A este respecto encontraba el P. Coll en el estudio de Sto. Tomás una definición del «acto de creer» que puede asegurarse que la aprendió, como se acostumbraba con tantas definiciones, *de memoria*. Después lo reflejaba una y otra vez cuando escribía. Además, quienes lo escucharon predicar, lo testimoniaban. «Creer es un acto del entendimiento que *asiente a la verdad divina* de una manera libre». El entendimiento es libre, y el hombre debe asentir o aceptar libremente a la verdad divina bajo *el imperio o mandato de la voluntad movida por Dios, mediante la gracia*. Esta definición la predicaba, sin duda, el P. Coll, y la ha dejado plasmada en los escritos dirigidos a la Congregación. A las Hnas. les dirigía, una y otra vez, aquella enseñanza suya tan constante y tan asidua, tan formativa: que el creer es *un acto de entendimiento* y, por tanto, hay que *cultivar siempre el entendimiento* para poder *perfeccionarse* en la fe. Si no se da tal empeño de cultivo es imposible progresar en la fe, tener una concepción dinámica de los misterios de Dios. Recordemos la definición de Santo Tomás: *La fe es un acto de entendimiento que asciende a la verdad divina de una manera libre, bajo el imperio o mandato de la voluntad, movida ésta por Dios mediante la gracia*.

«Apoyos para creer»

El P. Coll se preocupó también de lo que podemos llamar «apoyos para creer». Aludía a veces a la *autoridad* o *excelencia* de la *doctrina revelada*. La verdad que Dios ha tenido a bien revelar impulsa a descubrir en ella una *excelencia absoluta*, que conecta con

lo más profundo de nuestras aspiraciones, nuestro instinto de fe, de creyentes. Lo grandioso y maravilloso de la doctrina contribuye a esponjar el alma, y a encontrar ahí un «apoyo» para la fe.

Otro apoyo es el los «signos especiales», como son los *milagros* de diverso género. El mayor milagro, claro está, es el del «cambio» o «conversión» de la persona. El P. Coll fue con mucha frecuencia testigo de *conversiones*. En su misionar se encontraba con personas que hacía años y años que estaban alejados de las prácticas religiosas, que no tenían formación religiosa, a veces violentas, que *atentaban contra el alma del justo*, como leemos en la Escritura. Muchas de ellas, a lo largo de sus misiones, daban un cambio tal, que para él, indudablemente había un signo de fe, un milagro que apoyaba su fe, y la fe de los destinatarios de su apostolado.

Pero el impulso o el apoyo más firme para creer es otro: la *fuerza interior que experimenta toda persona*, porque Dios no deja nunca abandonado a nadie. Es este impulso interior, este apoyo y fuerza interior que experimenta el hombre. Dios le «invita», pero no «coacciona». El Padre Coll conocía perfectamente esta doctrina, le aseguraba que Dios está *gritando y hasta con fuerza* en interioridad del hombre. Conectaba con este impulso interior de Dios, y se hacía mediador de tal impulso de Dios para el cambio de la persona hacia la fe. Es éste el «apoyo» fundamental para creer. Este *instinto interior* o impulso proveniente de Dios induce a amar la verdad creída, a dar muchas vueltas a la misma, a meditarla asiduamente. Induce y robustece. Anima a creer cada vez con más fuerza y a formarse y robustecer la fe.

La fe que asimila, predica, que transmite tiene la característica de la *certeza*. El P. Coll no era hombre de dudas, de vacilaciones. No creía que la fe fuera una opinión, como otra cualquiera. Para él la fe es cierta, vivía la certeza y seguridad de la fe. Fue transmisor de certezas, fue un bloque monolítico de fe. La fe para él era un asentimiento firme a la verdad revelada, *por la autoridad que tiene el Dios que revela*. Ahí radica la firmeza de la fe. Dios, infinitamente sabio, tiene autoridad. Nos ha revelado la verdad, y así la fe es *cierta* para nosotros, *aunque no sea evidente*. El creyente debe dar *pleno crédito al Dios que revela* y debe dárselo por elección voluntaria y libremente. Realizar esta elección voluntaria con certeza, con plena resolución, excluyendo toda duda y todo temor a equivocarse, cuando se trata ya de temas de fe, propuestos por el Señor, de temas que el Señor nos ha revelado con claridad, y nos *impulsa interiormente* hacia ellos. A cerca de estos temas no caben dudas, sospechas, vacilaciones, sino *certezas*.

La fe es «cierta»

Decíamos que el Padre Coll fue un hombre de certezas, si hubiera sido un hombre de vacilaciones, o de dudas, se hubiera quedado encerrado durante toda su vida como capellán doméstico de la casa de Puigseslloses. Tenía esta oferta dorada. Hubiera sido el capellán de la casa más rica de Folgueroles. Así se lo propusieron, pues se iban alargando los meses después de la exclaustación. No creían que los conventos se reabrieran tan pronto. Si hubiera sido un hombre de dudas no hubiera emprendido la tarea valiente de la *predicación de certezas*, que, lejos de confundir a los hombres, de introducirlos por caminos sin salida, ofrecían a la humanidad horizontes amplísimos, los verdaderos horizontes de Dios.

El P. Coll creía que los contenidos de fe estaban en manos de la Iglesia, de la comunidad eclesial instituida por Cristo. No pertenecen a algunos solamente, no son de particulares, de opiniones individuales, Esto sería *libre examen*. La fe es del pueblo, de la comunidad, de la Iglesia, del Pueblo de Dios. Comunidad eclesial gobernada y animada

por el Espíritu Santo, sostenida por el Espíritu que asiste a la jerarquía para proponer las verdades a creer. La Iglesia, en cuanto asistida por el Espíritu de la Verdad, vive de la Verdad y anuncia la Verdad, que es fuente salvación para todos.

La Iglesia debe mantenerse en la *unidad de fe*. Ésta es una afirmación muy frecuente en el P. Coll, y también un gran mensaje: *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo*, cantamos. La Iglesia tiene una autoridad, tiene el papel de determinar lo que corresponde a la fe para que sea creído. Es depositaria de la Verdad revelada, y tiene la misión de proponer la doctrina revelada, como materia indiscutible de fe. La autoridad última en la Iglesia la tiene el Sumo Pontífice, el Vicario de Cristo, para con el que el P. Coll mantuvo siempre una gran veneración, al igual que para con el magisterio de la Iglesia a todos los niveles.

Le tocó vivir un *Concilio Ecuménico*. El P. Coll fue testigo de un Concilio Ecuménico, que se abrió y nunca se clausuró. Por lo tanto, un Concilio muy anómalo. Se abrió el 8 de diciembre de 1869, pero no pudo concluirse. Lo vivió intensamente el P. Coll y mentalizó, como es natural, a las Hnas. De la Congregación, que llevaban trece años fundadas. Precisamente, puede recordarse, el día en que los Padres Conciliares se reunieron en la Capilla Sixtina del Vaticano para una celebración previa a la apertura, el 2 de diciembre de 1869, el P. Coll estaba predicando un novenario en Sallent. En aquel día 2 de diciembre se quedó ciego. Tuvo el primer ataque de apoplejía.

Decía el P. Enrich que fue probado con el sufrimiento. Comenzó una prueba especial de sufrimiento al comienzo del Concilio Ecuménico Vaticano I, un Concilio que iba a tratar en primerísimo lugar *el tema de la fe*. La fe frente a los desafíos del *racionalismo* de la Ilustración, del racionalismo del Liberalismo.

* * *

Reflexión final sobre la Vocaciones

"Las vocaciones siguen existiendo, es indudable. Desde la fe así lo tenemos que afirmar. Además sin dudarlo. Podríamos decir con el Padre Coll: "afuera, afuera toda duda acerca del particular", porque siendo como es el Señor dueño del campo, dueño de la mies, el Señor no deja de atender este campo, y si Él mismo ha hecho la comprobación de que el campo es enorme y los obreros son pocos, hoy podemos seguir afirmando que el Señor sigue llamando a trabajar en este campo que es suyo y en el cual nosotros somos colaboradores.

Todas la parábolas del reino van en esta dirección, nunca nos deja el protagonismo a nosotros el Señor en las parábolas del reino: el agricultor es él no nosotros, él es el dueño del campo, no nosotros, el viñador es él no nosotros, él es el que tiene el protagonismo y él es el que convoca a trabajar en la viña, a trabajar en este campo, a trabajar en esta mies. Y él no puede descuidarse, no se descuida en absoluto de atender este campo concreto que va pasando por los diferentes tiempos, por los consuelos y las pruebas de la historia. Así que hoy tampoco deja de llamar el Señor, sigue llamando.

Pero también sabemos que las mediaciones son absolutamente necesarias y que el Señor ha querido la mediación de la Iglesia, y que, si es verdad que él puede hacer milagros, no es el modo más habitual de obrar y, por tanto, nuestra mediación es necesaria".

* * *